

tremo conciso el estilo en cuanto permite este género de elocuencia. El filósofo ve aquí una suma digámoslo así, de todas sus riquezas, el orador reconoce con gusto los bellos atributos de su arte, el poeta el manantial mas copioso y puro de cuanto alimenta al genio para situarlo en la cumbre de lo sublime; y finalmente la juventud, que todavía no ha conseguido hacerse de tantas relaciones admirables, tiene con esto lo necesario para columbrar el cuadro prodigioso, con cuyo estudio se la brinda para que marche á los conocimientos por el camino de la admiracion, y se levante á impulsos de la curiosidad y del sentimiento de su propia grandeza, hasta donde pretende conducirla con su excelente discurso el orador académico.

EPILOGO.

„**V**ED aquí, amados jóvenes, los títulos de vuestra dignidad: títulos gloriosos, á ninguno negados, y ante los cuales se eclipsan, ó se disipan como el humo todos los títulos y vanas distinciones que la ambicion y el orgullo han inventado. Conocerlos, merecerlos, perfeccionarlos, es el sublime objeto de vuestros estudios y mis ardientes deseos. ¡Venturosos vosotros, si en medio de la depravacion de un siglo en que la supersticion y la impiedad se disputan el imperio de la sabiduria, siguiéreis el único camino que ella señala á los que quiere conducir á su templo! ¡Venturoso si le halláreis en el estudio de la naturaleza, y en la contem-

„pacion del alto fin para que fuisteis colocados en medio de ella! ¡Venturosos, si ilustrado vuestro espíritu con el conocimiento de las verdades que encierra, y perfeccionado vuestro corazon con la posesion de las virtudes á que conduce, alcanzáreis la verdadera sabiduria para asegurar vuestra felicidad, mejorar vuestro ser, y acelerar la perfeccion de la especie humana! Entónces podreis convencer con la razon y con el ejemplo á aquellos hombres tímidos y espantadizos, que deslumbrados por una supersticiosa ignorancia, condenan el estudio de la naturaleza, como si el Criador no la hubiese espuesto á la contemplacion del hombre, para que viese en ella su poder y su gloria, que predicán á todas horas los cielos y la tierra. Entónces sí que podreis confundir mas bien á aquellos espíritus altaneros é impios, (baldo de la sabiduria y de su misma especie,) que solo escudriñan la naturaleza para atribuirle al acaso, ó abandonarla al gobierno de un ciego y necesario mecanismo, usando solo, ó mas bien abusando del privilegio de su razon para degradarla bajo del nivel del instinto animal. Entónces sí que subiendo continuamente de la contemplacion de la naturaleza á la de vuestro ser, y de esta á la del Ser supremo, y adorando en espíritu á este Ser de los seres, Ser infinito, que existe por sí mismo, y que es principio y término de toda existencia, perfeccionáreis el conocimiento de los grandes objetos en que está cifrada toda la humana sabiduria: Dios, el hombre y la naturaleza.”

Los nobles sentimientos que se experimentan en toda esta peroracion, honran tanto la sabiduria y el talento, como el amor al bien público, aquel amor ardiente y apasionado, aquel zelo por los progresos de la patria, aquel entusiasmo por la educacion de la juventud, única tabla en que un pueblo que gime bajo el yugo de la corrupcion puede escapar del naufragio y salir al puerto de

su bien estar civil, político y religioso; en fin aquella maravillosa actividad y aquella exquisita solícitud con que Jovellanos buscaba igualmente el bien de la patria en el establecimiento de las artes útiles, en el fomento de la agricultura, en la organización y desempeño del gobierno y en los establecimientos destinados á extender el dominio de la sabiduría y sentar sólidamente el trono de las virtudes. Dejemos aparte las bellezas y perfecciones que campean en todo este epílogo: no es posible detenernos en la obra cuando nos acordamos del artífice, ni malograr una oportunidad tan feliz de ofrecer al inmortal genio de Jovellanos el noble tributo de amor que debe todo el género humano á las almas grandes, que no satisfechas con el reducido espacio que ofrece á su beneficencia el recinto de la familia y el suelo de la patria, se dirigen á todo el universo, y aseguran de esta manera su verdadera gloria, como dice Ciceron. (*)

¿Y qué diremos en general de todo este discurso académico? Si el plan no está bien circunscrito, ni exactamente marcadas las partes de que consta; si de cuando en cuando nos disgusta cierta falta de enlace que se nota en algunos pensamientos; si á veces vemos debilitarse la acción del espíritu, cuando prepara los grandes movimientos de imaginación; si algunas expresiones y aun frases nos ocultan á veces con la amable naturalidad el noble y principal atributo del escritor: ¡cuántas miras filosóficas, cuantos pensamientos grandes, cuantos rasgos sublimes, que sistema de ideas tan neto y tan preciso, que pábulo para el buen gusto y cuantos motivos de admiración, no reúne en el mas alto grado el discurso sobre las ciencias naturales! Causa mucha sorpresa ver á Jovellanos, cómo arroja

(*) *Gloria est illustris, ac pervagata multorum, et magnorum, vel in suos, vel in patriam, vel in omne genus hominum fama meritorum.*

con desden las abstracciones metafísicas, del cuadro de la naturaleza; cómo proclama la observación de los hechos como el verdadero camino para fomentar las ciencias naturales; con cuanta filosofía juzga de las cosas que están subordinadas al imperio de los sentidos, y con que admirable naturalidad conduce las investigaciones del naturalista á los designios de aquella ciencia que ocupada únicamente en el verdadero fin, lo encamina todo, para el bien supremo del hombre, hácia el dueño absoluto de los cielos y la tierra.

Muy superior á su siglo y á su época, manifiesta Jovellanos aquí que había sabido aprovecharse del rico caudal de conocimientos que le había dejado la antigüedad, estimar como era debido el genio de Bacon, seguir con firme y seguro paso, y por el camino que abrió al talento moderno el filósofo inglés, las huellas que en él habían dejado estampadas los grandes hombres que con tan felices descubrimientos han sorprendido al espíritu humano. Todo lo examina con exactitud; y siempre hallamos al eminente autor de este discurso colocado en el punto medio que á muy pocos ha sido concedido tocar, es decir, entre las preocupaciones de los antiguos sistemas y las exageraciones peligrosas de la moderna filosofía.

Si de aquí pasamos á considerar el estilo, nos sorprende á la verdad un sin número de cualidades eminentes: noble al través de un ropaje sencillo; variado en medio de la mayor armonía; ameno y florido sin carecer los pensamientos de solidez, sin el embarazo del recargo, ni menos lo insoportable de la hinchazón; noble y elegante en el mas alto punto, y sobre manera oratorio; no tiene motivo de recelar una comparación desventajosa con los que mas han honrado las academias é institutos de la Europa moderna.

Pero sobre todo, el lenguaje tan puro, correcto y natural despierta en nosotros una idea muy triste, la del abandono criminal de la lite-

ratura española tan rica y tan despreciada entre nosotros. No rehusamos á la francesa los justos elogios que merece, ni la pasión que tenemos á los buenos escritores de la península nos hace olvidar que el púlpito francés no tiene rival en el mundo. ¿Pero esta circunstancia nos autoriza para volver nuestras espaldas á Cervantes, Granada, Solís, Mariana, Clavijo, Vargas Ponce, Jovellanos, Martínez Marina, Reynoso y tantos y tan admirables prosistas, dechados perfectísimos de buena locución, como hay en la literatura castellana? Horacio aconsejaba á los Pisones que ni de día ni de noche dejaran de la mano á los escritores griegos: esto mismo debemos persuadir constantemente nosotros á la juventud española de ambos mundos, que se forma en el uso de la palabra. Nunca se estudiarán bastante nuestros modelos, y principalmente en esta época de novedad, y extrangerismo en que nos olvidamos de cultivar nuestro idioma, consagrando nuestra dedicación á los libros franceses, ya en su original, ya en las pésimas versiones que un espíritu de especulación ha derramado á torrentes por todo el mundo literario. Mas para detener esta corriente impetuosa, no basta el estudio teórico de los principios de la lengua patria. Todas las gramáticas y retóricas del mundo quedarán siempre inútiles sin la continua y laboriosa dedicación al cultivo de los escritores clásicos. „De modelos, dice Don Antonio Capmani, mas que de reglas del buen lenguaje necesitamos todos, por que el arte es breve y el estudio largo. Con estilo prosaico y en la lengua nativa hemos de explicar nos los hombres, por que todos tenemos que servirnos de este lenguaje diaria, continua y necesariamente en todos los usos y estados de la vida civil. En prosa y en castellano hemos de pedir nosotros y dar el consejo, hemos de cultivar á nuestros valedores, defender nuestras causas y las ajenas, sembrar la semilla de la divina palabra, publicar la doctrina en todas las ciencias prácticas y especu-

*

lativas, sostener la razón, desterrar la ignorancia, amparar la verdad y la inocencia, defender la justicia pública y privada, pasar finalmente á las edades venideras la noticia de los vicios y virtudes de los hombres, y la gloria ó infamia de las naciones y de los reyes.” (*)

(*) Teatro histórico-crítico de la elocuencia española. Discurso preliminar.

